

Jordi Sierra i Fabra

¡SOY UNA
MÁQUINA!

algar joven

El vibrador sónico de la puerta se volvió loco de repente.

Zep arqueó las cejas, tuvo una repentina caída de hombros y su expresión evidenció por completo el fastidio que sentía.

–Oh, no –suspiró.

El zumbido se mantuvo constante.

El que llamaba tenía verdadera urgencia.

Zep contempló la pantalla tridimensional en la que apenas hacía cinco minutos acababa de comenzar la película. Los hombres de una nave intergaláctica ajustaban los paneles sensores en el exterior de la misma mientras una voz resonaba en sus cascos advirtiéndolos de que los Groukos iban a atacar. Pura emoción.

Estaba cansado. Había sido una dura jornada laboral. Lo único que deseaba era sentarse en el módulo y ver una película holográfica sorbiendo un combinado de frutas. Nada más.

El vibrador sónico no dejaba de agitarse, cada vez más enloquecido.

Como los astronautas de la película, escuchó una voz.

–¡Zep!... ¡Por favor, Zep, abre!... ¡Zep!

¿Mun?

¿Qué hacía Mun allí, en su cubículo, a unas horas tan intempestivas? Además, le habían dicho que estaba

enfermo. Eso justificaba su ausencia del trabajo. Pensaba llamarle al día siguiente en el caso de que tampoco apareciese por la Corporación.

Se levantó. Cerró el circuito holográfico ordenándolo al sistema operativo con una simple palabra y se dirigió a la puerta. El vibrador zumbó por última vez antes de que la abriera mediante otra orden verbal. Al correrse el panel, la figura descompuesta de Mun se hizo visible ante sus ojos. Su aspecto físico, ojos desorbitados y tez pálida, lo mismo que su imagen, con las ropas arrugadas, mostraban la alteración que le dominaba. Apenas si pudo pronunciar una palabra, su nombre:

—¡Mun!

Su visitante se le echó encima, rompiendo la catarsis final.

—¡Zep! ¡Oh, Zep!... ¡Temía que no estuvieras en casa!

Zep se encontró con él en los brazos. Frunció el ceño. Mun no era un mal tipo, aunque sí era algo dado a los dramatismos. Los sensores de la puerta la cerraron automáticamente.

—¿Qué sucede? —se alarmó Zep.

—Yo... —Parecía víctima de un súbito agotamiento. Sus músculos se relajaron antes de apartarse de su amigo y compañero—. Es... terrible, ¿sabes? Terrible.

—Vamos, pasa —le invitó Zep.

—Es que yo... —Mun miró a su alrededor. Se sintió más tranquilo al comprobar que estaban solos.

—No quiero oír una sola palabra antes de que te sientes y te tomes algo. —Le pasó una mano por encima

de los hombros y le acompañó suave aunque firmemente hacia el interior—. ¿De acuerdo?

Mun no dijo nada. Obedeció a su anfitrión pesadamente, como si no pudiera moverse o actuara bajo los efectos de una insoportable presión. Llegaron a la sala y Zep le dejó sobre un módulo que se adaptó rápidamente a su forma y peso al sentarse en él. Los sensores de cansancio regularon al instante el aporte energético que necesitaba el ocupante, proporcionándole un masaje apenas perceptible. Mun fue ajeno a ello, incapaz de relajarse.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada. No podría.

—No voy a escucharte si no te tomas algo, un zumo, ¿o prefieres cualquier cosa más fuerte? ¿Un «bombardeo nuclear»?

—No, no.

Zep no le hizo caso. Le sirvió un «mil frutas» y le obligó a beber un par de sorbos antes de apartarse de su lado. Mun parecía estar a punto de echarse a llorar. Estaba asustado.

Muy asustado.

—Zep —dijo mirándole con fijeza—. Necesito hacerte una pregunta.

—¿Qué clase de pregunta?

—Una pregunta muy importante. La más importante de todas.

—No te entiendo.

—Dime, Zep, ¿soy una máquina?

El dueño del cubículo parpadeó.

–¿Qué?

–Ya me has oído. ¿Soy una máquina? –repitió Mun.

–¿Que si eres...? –Zep parecía no dar crédito a lo que escuchaba–. ¿Puede saberse de qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco?

–Zep, por favor.

–¡Maldita sea, Mun! ¿Hablas en serio? ¿Una máquina? ¡Por todos los planetas, claro que no eres una máquina! ¿A qué viene esto?

Mun dejó el vaso en el soporte y hundió su rostro entre las manos.

–Bueno, ¡ya basta! –se enfadó Zep–. ¿Has bebido o qué?

Su visitante levantó la cabeza. Llevó un poco de aire a sus pulmones, con esfuerzo, como si le doliera. Tras ello, se dejó caer hacia atrás, apoyando su espalda en el módulo, que rápidamente también se autoprogramó para ampliar sus funciones de masaje y aporte energético en la nueva superficie de contacto.

–Estoy hecho un lío –reconoció Mun.

–¿Por qué no me cuentas de qué va todo esto?

El tono de Zep era molesto. Por una estupidez se estaba perdiendo la película holográfica.

–¿De veras...?

–Vamos, Mun, ya está bien, ¿no?

El visitante respiró por segunda vez, ahora con mayor ansiedad.

Y se rindió.

–Todo empezó anoche –comenzó a decir–. Me sentí mal. –Su voz era pausada, dolorida–. Era como

si fuera a tener un ataque de algo, no estoy seguro. Fue una sensación... –Abrió y cerró las manos, reflejando un silencioso estallido interior—. Mi corazón empezó a latir como si tuviera mucha prisa. Era un estado de ansiedad increíble.

–¿Llamaste al procesador médico?

–Sí, claro. Vino inmediatamente. Me examinó, dijo que no parecía haber nada anómalo, me recetó un tranquilizante para que me ayudara a pasar la noche y me dio hora para esta mañana, temprano.

–Te daría alguna razón para que estuvieras como estabas.

–Habló de fatiga, cansancio laboral, presión y cosas así.

–¿Y esta mañana?

–He ido al Centro Asistencial y allí me han hecho un chequeo. Me han dormido...

–Espera, ¿cómo que te han dormido?

–Lo han hecho, sí –certificó Mun—. Ha sido lo primero que me ha extrañado. Nunca me habían dormido para llevar a cabo un chequeo. Pero me han dicho que de esa forma activarían todos mis órganos mecánicamente y darían más fácilmente con los que pudieran haberme conducido a mi estado la noche anterior.

–Bueno, parece lógico.

–El caso es que algo ha salido mal, Zep.

Se envaró.

–¿Qué ha salido mal?

–No me han dormido del todo. La anestesia sinérgica ha fallado. Entonces los he oído hablar.

–No es posible. Estarías soñando.
–Zep, sé muy bien cuándo sueño y cuándo no. Los oía. Hablaban de procesadores, compuestos, circuitos, bloques de transmisión, flujos de condensación y qué sé yo cuántas cosas más.
–No es posible –frunció el ceño, incrédulo.
–No me crees, ¿verdad? –forzó una sonrisa amarga Mun.
–No es que no te crea, es que no es posible.
–¡Lo es! –Mun crispó sus manos en los laterales del módulo–. Nada de riñones, hígado, corazón... ¡Hablaban de una máquina! ¡De mí!
–Cálmate, Mun.
–¿Cómo quieres que me calme? ¿Crees que eso es todo?
–¿Hay más?
–Me han cambiado algo.
Zep parpadeó.
–Me han cambiado un sistema, algo, no sé. Pero lo han hecho –continuó Mun.
–Vamos, Mun. Eso es imposible.
–¡Lo he sentido! ¡Te repito que no estaba dormido del todo!
–¿Has hecho alguna cosa, has dicho algo?
–No, ¡no! Tenía miedo.
–¿Dónde está la cicatriz?
Mun dibujó un rictus amargo en su cara.
–No hay ninguna cicatriz –reveló.
–Mun, estás loco –movió la cabeza horizontalmente Zep.

—¡Yo sentía que no estaba dormido, ni anestesiado, y, sin embargo, ellos me estaban manipulando el cuerpo! ¿No lo ves? ¡Si fuera humano, habría sentido dolor, pero no sentía nada, solo un hormigueo y la paralización de algunas partes de mi organismo! ¡Una máquina no siente dolor puesto que su ordenador central desactiva los impulsores energéticos y bloquea los circuitos de conexión! —le contempló con creciente horror antes de agregar—: ¡Soy una máquina, Zep! ¡Soy una máquina!

—No seas absurdo —negó Zep con un manotazo al aire—. Por una simple percepción... Acabarás en un Centro Asistencial Mental.

—¡No fue una percepción! —Mun se puso en pie de golpe, furioso—. ¡Maldita sea... no tenía por qué haber venido!

—¿Quieres calmarte? —trató de tranquilizar a su compañero—. ¿Qué ha sucedido después?

—Nada.

—¿Nada?

—Me han activado, o lo que sea, he abierto los ojos y ya está. Me han dicho que estaba bien y que no me preocupara más. Y desde luego, salvo por saber lo que sabía, me encontraba muy bien. Magníficamente bien.

—¿No has preguntado?

—Me ha dicho el procesador médico que me habían dado un masaje cerebral, una nueva técnica recién descubierta en la Corporación. Corrientes inductoras, haces de luz limpiadores, ionización positiva...

—Todo pura lógica, Mun, ¡por todos los planetas!

Sabía que no le convencía. Mun dejó caer la cabeza sobre el pecho.

–No pude haberlo soñado, Zep –insistió desfallecido–. Era demasiado claro. No tiene ningún sentido.

–¿Y qué sentido tiene que seas una máquina?

–¿Qué sabes de la Corporación?

–Pues... lo que todo el mundo. –Abrió las manos haciendo un gesto de nuevo evidente–. Nos dedicamos a crear componentes aeronáuticos, tanto inanimados como inteligentes. Diseñamos cíborgs, androides, *vai* de primera y segunda generación... y hacemos pruebas con todo para la exploración y explotación galáctica.

–Tú lo has dicho: vida artificial inteligente de primera y segunda generación, pero ¿y por qué no de tercera?

–¿Qué quieres decir?

–¿Y los experimentos secretos de la planta K?

–Pues eso, que son secretos. Con la piratería industrial en boga, ¿qué quieres, que lo vayan anunciando todo por ahí?

–¿Y si soy parte de esos experimentos?

–Estás loco –suspiró Zep.

–¿Me lo dirías si...?

–¿Si qué? ¿Cuánto hace que estamos juntos? ¿Cinco años? ¿Seis?

–Cinco y medio.

–Cinco y medio –asintió Zep–. ¿Crees que eres un experimento de cinco años y medio?

–Podrían haberme implantado los recuerdos.

–Oh, Mun... basta ya, ¿quieres? –se sintió desfallecido.

–Zep, ellos son astutos. –Mun miró las cuatro paredes del cubículo con temor–. Siempre se ha dicho que crean máquinas para trabajos peligrosos, pero ¿qué sentido tiene la vida artificial inteligente si no es para trabajos superiores?

–¿Máquinas en puestos ejecutivos?

–¡Sí! –masculló Mun apretando los dientes.

–¿Por qué?

–Un mundo perfecto.

El lema de la Corporación.

–Mun, esto es la realidad, no es ningún holograma de ciencia ficción. ¿Cómo quieres que te hayan implantado tus recuerdos? Tu padre murió cuando eras niño, de acuerdo, pero tu madre está viva. ¿Qué me dices de ella?

–Si yo soy una máquina, ella también ha de serlo.

–Oh, no.

Se había vuelto loco. Le habían desequilibrado. Un error en los controladores o procesadores médicos y... Mun siempre había sido un tipo nervioso, pero aquello rayaba en el absurdo.

–Ayúdame, Zep.

Iba a hacerlo, desde luego.

–Vete a casa.

–No es eso lo que...

–Vete a casa, Mun. Duerme. Mañana te darás cuenta de que todo esto no ha sido más que una pesadilla. Y, si aún tienes dudas, vuelve al Centro Asistencial.

–Zep, no.

Mun empezó a llorar.

—¿Por qué no te hundes un cuchillo en el pecho y miras qué tienes dentro? Si tienes un esqueleto metálico, me callaré.

—No seas absurdo.

—Tú eres el absurdo.

—¿Tú sabes la verdad, no es cierto?

Se enfrentó a la mirada de su compañero.

—¿Te has vuelto loco, Mun?

—¿Sabes que soy una máquina, verdad?

—¿Quieres callarte?

—Tú también estás en ello. Por eso finges ser mi amigo.

—Será mejor que te vayas. —Se levantó para acompañarle a la puerta, demostrándole estar harto de tanta estupidez.

—¡No!

Lo esperaba todo menos aquello. Mun dio un salto hacia atrás, con los puños cerrados y una expresión demoníaca en el rostro. Zep se sintió impotente ante ese gesto, pero también furioso.

—Mun, no hagas más tonterías, ¿quieres?

—Dime que soy una máquina.

—Eres una máquina, vale. Ya está.

—Si lo soy, lo asimilaré, pero dímelo.

—Vete a casa, Mun.

Tampoco esperaba aquella reacción. Su amigo volvió a echársele encima, como al llegar, solo que esta vez lo hizo presa del pánico y la histeria, golpeándole.

Tuvo que defenderse.

—¡Mun!, ¿qué haces?

—¡Dímelo, dímelo... dímelo!

No le costó mucho rechazarle, y mantenerle a la suficiente distancia como para poder darle un buen puñetazo. Impactó con su puño derecho en pleno rostro de Mun. Fue tan directo que el visitante cayó hacia atrás, sobre el módulo en el que había estado sentado, y resbaló por encima de él hasta llegar al suelo. Una vez allí volvió la cabeza para mirarle.

—¿Por qué... has hecho... esto? —gimió.

Zep abrió y cerraba la mano, dolorida a causa del impacto.

—Primero, para bajarte la histeria —manifestó—. Segundo, para demostrarte algo.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que sientes?

—Que me has roto la nariz, y que estoy sangrando. Eso es lo que siento —dijo Mun con dolor.

—¿Y desde cuándo los cíborgs o los VAI sangran? ¡Y no me digas que han conseguido bla-bla-bla!

Mun se tocó la nariz. Luego se miró la mano manchada de sangre.

—Tendré que volver al Centro —gimió.

—Así de paso te enteras de más cosas.

Se relajó. Fue evidente. El golpe, la sangre, la posible certeza final... Todo contribuyó a que la ira desapareciera de su cuerpo, de su propio espíritu. Apoyó la cabeza en el módulo unos segundos, dejando que la hemorragia cesara, y después trató de levantarse. Zep acudió en su ayuda.

Se miraron frente a frente.

–¿Estás bien? –quiso saber el dueño del cubículo.
–Sí –dijo revestido de inseguridades su visitante.
–Puede que creyeras en lo que dices, y debe haber-te parecido espantoso, pero no tiene lógica –insistió Zep–. Sea lo que sea lo que te han hecho, no han estado muy finos. Te han revuelto los sesos, amigo –sonrió por primera vez–. Díselo mientras te recomponen la nariz. Y créeme que lo siento.

–Zep, yo...

–Anda, vete a casa –puso cara de cansancio–. Es muy tarde.

–Sí, será lo mejor –reconoció Mun.

Todo había cesado.

Le pasó una mano por encima de los hombros y le devolvió a la puerta del cubículo. Recorrieron el breve trayecto en silencio.

–Ha sido todo tan... real.

–No vuelvas con ello, tranquilo. ¿Podrás ir solo? Me gustaría acompañarte, pero...

–Estoy bien, de veras. Solo me duele un poco.

–Apertura –ordenó Zep.

La puerta se abrió.

–Yo que tú me tomaba unos días de descanso –sugirió a su amigo.

–Tal vez, no sé. Estoy... aturdido.

–He tenido que sacudirte de verdad –se excusó–, pero estabas fuera de ti.

–Vale, gracias.

Trasapó el umbral.

–Te veo mañana, ¿de acuerdo?

–Sí.

Mun levantó una mano en señal de despedida. Luego caminó por el pasillo y la puerta se cerró. Aun antes de que lo hubiera hecho del todo, Zep cambió su sonrisa de fatigada ironía por una máscara de furiosa rabia que conmocionó todo su ser.

–¡Maldita sea! –rezongó–. ¡Los muy...!

No perdió ni un segundo. Se dirigió con paso vivo al visor de comunicación. Mun tardaría unos diez o doce minutos en llegar al Centro Asistencial. Conectó un código de máxima prioridad y esperó.

La señal, al otro lado, sonó cinco veces antes de que la línea quedara establecida.

No hubo imagen. Solo voz.

–¿Sí? –escuchó un gruñido poco amable.

–¿Señor Denco?

–¿Quién es, diablos?

Comprendió por qué no había abierto el canal visual. Debía de estar ya en la cama, durmiendo.

–Soy Zep, señor. Siento...

–¿Qué sucede? –hubo un cambio en el tono de voz.

–Es Mun.

–¿Mun?

Fue directo al grano.

–Lo sabe, señor.

Denco se agitó. Pudo percibirlo a través del sonido del visor. Fue como un huracán ahogado.

–¿Cómo...?

–Ha ido al Centro Asistencial por un desarreglo interior y allí alguien ha metido la pata. No le han

dormido, o desconectado, del todo, así que ha oído cosas.

—¿Sabe que es una máquina?

—Sí, señor.

—¡Cinco años y medio que pueden irse al garete! —estalló Denco—. ¡Por el juicio final!

—Por lo menos ha venido a verme a mí, señor Denco —le tranquilizó Zep—. No todo está perdido. Le he convencido de que sus sospechas son infundadas, y le he enviado de nuevo al Centro.

—¿Cómo lo ha hecho, Zep?

—Se ha puesto histérico, así que le he dado un puñetazo. Los circuitos de sangre han funcionado muy bien. Todo ha parecido real. Incluso el cartílago se ha roto con normalidad. Es perfecto.

Abrió y cerró de nuevo su mano derecha. Le dolía a causa del golpe.

—¿Va hacia el Centro?

—Sí, señor. Es el motivo de mi llamada.

—Gracias, Zep. —Había cierto alivio en la voz de Denco—. Sabía que podía contar con usted para supervisar a Mun cuando le encargué que se hiciera amigo suyo. Llamaré inmediatamente al Centro para que efectúen un lavado total a nuestro VAI. Mañana no recordará ni siquiera que fue a verle. No se preocupe.

—Bien, señor.

—Ha sumado puntos en su carrera, ¿lo sabe?

—El bien de la Corporación es mi bien, señor.

—Llegará lejos —dijo satisfecho su superior.

Esta vez no le respondió.

Tuvo un estremecimiento.

Miraba su mano derecha.

–Hasta mañana, Zep.

Siguió callado.

La línea quedó interrumpida.

Zep no reaccionó.

Su mano.

Su mano...

No se había dado cuenta antes del desgarro en la piel, los nudillos. El golpe había sido muy fuerte. Entre la marcha de Mun y la conversación con Denco... Pero ahora lo veía.

Una herida.

–No... –gimió.

Se le doblaron las piernas.

Un corte, apenas unas gotas de algo que parecía sangre pero que más bien era una especie de aceite rosado. Y por debajo de él, de la carne... o lo que fuera que le recubría la estructura, un brillo opaco.

Metálico.

Enteramente metálico, como correspondía al esqueleto interior de una máquina.

Una máquina.

En silencio, muy suavemente, Zep comenzó a llorar.

Se preguntó cómo diablos lo conseguían.

Sus lágrimas eran tan reales.